

Amor entre tumbas

► La última novela de Marilynne Robinson, gran novelista norteamericana, es una precuela de su trilogía 'Gilead'

|| SERGI SÁNCHEZ
eparagon@elperiodico.com
BARCELONA

Un cementerio es un lugar extraño para enamorarse, pero uno de los atractivos de esta novela de Marilynne Robinson (Sandpoint, Idaho, 1943) es su imprudencia, su coraje, su amor por la contradicción, por lo que no debe de extrañar que el amor ocurra entre tumbas. Mala señal, la muerte es su testigo. En esa larga, hermosa escena en la que Jack y Della pasan una noche juntos al pie de los ángeles de piedra, paseándose entre panteones a la luz de la luna, el lector puede percibir sus devaneos, sus tiras y aflojas, sus avances y sus retrasos, como si los diálogos definieran con su vaivén las diferencias que los separan y a la vez la fuerza de su atracción. No solo es que Jack sea blanco y Della negra, y que en el Sant Louis de los 40 un beso interracial les podía costar la cárcel y el descrédito por parte de sus comunidades, sino también que Jack no cree en Dios y Della es devota, y Jack es un mentiroso, un vagabundo, un canalla con tendencia a desaparecer cuando las cosas se po-



► Marilynne Robinson, en la sede de Galaxia Gutenberg en Barcelona.

nen feas, y Della es su reverso, una maestra de escuela con bondad y carácter en las venas, la mujer que puede salvarle.

Jack cierra la saga de Gilead, ahora convertida en tetralogía, con *Gilead*, *En casa* y *Lila*, aunque, con Robinson, nadie sabe. Esta novela no

debería existir, porque Jack, que ya aparece como personaje secundario en las anteriores, le parecía a Robinson un personaje demasiado alienado para convertirse en protagonista. ¿Cómo narrar desde su conciencia? Robinson puede con Jack. Desde su deslumbrante de-

but, *Vida hogareña*, tiene la facultad de trabajar la subjetividad con una precisión y una coherencia asombrosas, sobre todo si los temas que maneja –la posibilidad de redención, la culpa, la predestinación– pertenecen de una forma orgánica y natural a su ideario de escritora

calvinista. La paradójica psicología de Jack contrasta y se consolida si la comparamos con la de Della, de una pureza y una verdad abrumadoras. Y la prosa de Robinson sigue teniendo el poder de convertir lo cotidiano en algo trascendente, sin apenas forzar metáforas y adjetivos, con las frases talladas a mano, como iconos religiosos hechos por un artesano dispuesto a dudar de lo divino y lo humano.

A MODO DE PRECUELA / Jack puede leerse con independencia de sus tres compañeras de viaje, pero es, en realidad, una precuela. Quien la lea como una catarsis se encontrará con que ya sabe el final, imaginado y escrito en el resto de la saga. Huelga decir que no importa demasiado, como no importa la aparente brusquedad de las elipsis del relato, porque Robinson siempre nos mantiene clavados en el suelo del tiempo. En esos vacíos, anclados en una historia de amor que atraviesa las tormentas perfectas de la indecisión, el engaño y el rechazo social, este crítico tiene la impresión, no obstante, de que la fuerza del cariño empuja a la novela hacia adelante, le da ese aspecto armónico, no exento de rugosidades, que convierte su lectura en una experiencia tan apasionante. ≡

► 'JACK'
Marilynne
Robinson
336 páginas
19,9 euros



Veinte resurrecciones venidas desde el norte

|| MIGUEL ÁNGEL ORDOVÁS
ZARAGOZA

De vez en cuando, los Libros del Innombrable dan rienda suelta a su espíritu explorador y bajan de los hielos septentrionales, ayudados siempre por el buen hacer de Francisco J. Uriz como traductor, ecos del lejano norte. En esta ocasión el autor es un viejo conocido de la editorial, el poeta sueco Kjell Espmark, de quien ya han publicado varios de sus libros. El que ahora acaba de llegar a las librerías se titula *Revivir*, y efectivamente, sus poemas se pueden abordar como resurrecciones que el autor realiza devolviendo a la vida a las personas que toman cuerpo, o en este caso voz, a través de los versos.

Resurrección, revisión o recuerdo son los mecanismos que utiliza Kjell Espmark, que traza un largo arco histórico desde el lejano héroe Gilgamesh hasta la periodista Marie Colvin, muerta en Siria en el 2012 (en los comentarios del autor y el traductor, al final del poemario, se aclara quiénes son los protagonistas de los poemas). Así, como una lectura reflexiva pueden entenderse los poemas de *Revivir*, en los que efectivamente sus protagonistas vuelven a vivir, y no solo a expe-

rimentar, sus existencias pasadas. Las veinte voces muertas que hablan se enfrentan desde el otro lado a su propio destino, la mayoría de las veces más sufrido que gozado, para evocar una serie de semblanzas morales en las que a un tono de abatimiento se suele sobreponer una grandeza de ánimo y espíritu.

La lejanía entre el sueco y el español hace que la musicalidad que puedan contener los versos se haya quedado por el camino. No quiere decir, sin embargo, que la traducción de Francisco J. Uriz sea prosaica, aunque el tono a veces épico que alcanzan los poemas invite a ello. Kjell Espmark escribe versos claros pero no renuncia a introducir pinceladas líricas que dan alas a los poemas para impulsar su vuelo, y además sabe introducir esas iluminaciones poéticas en los momentos más adecuados, para darles su justa redondez en el instante que lo requería. ≡

► 'REVIVIR'
Kjell Espmark
Libros del
Innombrable
93 páginas



HOTEL CARDOGAN

Por Olga Merino

Larkin, el bibliotecario ermitaño

Paz, silencio, no pasar frío: las necesidades simples de Philip Larkin (1922 – 1985), nuestro huésped de esta quincena, un tipo tan suyo, tan amante de la soledad, que ha preferido sentarse en el pub Red Lion, justo enfrente, sin traspasar siquiera el umbral del hotel Cadogan, por su barullo de gentes. Mientras da cuenta de un plato de *bangers and mash* (salchichas con puré de patatas), ve pasar la vida a través de las ventanas altas, con esa expresión en el rostro de haber llegado siempre tarde a todas partes. Calvo, con jirones de una tartamudez adolescente y gafas de culo de vaso por una miopía que lo salvó de ir a la guerra; ahí está Larkin, uno de los mejores poetas de la segunda mitad del siglo XX, el más radicalmente británico y uno de los más citados en lengua inglesa. Hete aquí algunos de sus versos más trasegados: «Lo que sobrevivirá de nosotros es el amor»; «nunca tanta inocencia/ nunca antes ni después»; y, atención, redoble de tambores, «*They fuck you up, your mum and dad*» («Bien que te joden tus papis./ Aunque no adrede, lo hacen»).



Escribió versos exactos, entroncados en la poesía de la experiencia, en la cotidianidad de la posguerra

Lo llamaban *el ermitaño de Hull*, una ciudad en la costa noroeste inglesa, a mitad de camino de Escocia, un lugar a trasmano en cuya biblioteca universitaria trabajó prácticamente durante toda la madurez, un «oficio de sapo» que le permitió encerrarse en su mundo, lejos del boato. Bastante

huraño, más por coraza que por vocación, con una misoginia a lo Alfred Hitchcock, conservador, despiadado a veces, incluso consigo mismo, y amante del jazz, sobre todo de Sidney Bechet, escribió versos exactos, entroncados en la poesía de la experiencia, en la cotidianidad estrecha de la posguerra: «La penuria es para mí lo que los narcisos para Wordsworth».

Pero hoy nos visita –distante, a resguardo en el pub– en calidad de prosista, porque coincidió en librerías la primera de sus dos narraciones, *Jill* (Impedimenta), una obra encuadrada en el subgénero de novelas de Oxford –igual que *Lucky Jim*, de su buen amigo Kingsley Amis–, y *Cartas a Monica*, publicadas por la editorial La Umbria y la Solana. Una selección de las más de 1.421 misivas que escribió a Monica Jones, la mujer más importante de su vida; se quisieron como gatos, sin juntarse, porque el poeta tenía fobia a la vida en pareja.

En el Cadogan nos gusta mucho Larkin. Nadie como él supo viajar en tren por la vieja Inglaterra: «Pasamos por amplias granjas, ganado de sombra corta, y canales con islas de espuma industrial». ≡